





# Sabores amargos a traición

---

ANTONIO MELGUIZO

Platero  
COOLBOOKS 

Título: Sabores amargos a traición

Primera edición: febrero, 2025

© 2025, del texto e imagen de portada Antonio Melguizo Pérez.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración de portada por Jaime Padial Pérez, @chiskate35

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-90-0

*A mis padres,  
por su apoyo constante y su fe  
inquebrantable en mí.*



# Índice

I.....	11
II.....	23
III.....	35
IV.....	49
V.....	65
VI.....	77
VII.....	97
VIII.....	111
IX.....	123
X.....	133
XI.....	141
XII.....	157
XIII.....	171
XIV.....	185
XV.....	191
XVI.....	203
XVII.....	213
XVIII.....	223
XIX.....	231
XX.....	235
XXI.....	241



—A veces —dijo Cawley en voz baja—, consigo pasar tres horas sin pensar en ella. Otras, paso semanas enteras sin recordar su olor, las miradas que me lanzaba cuando sabía que podríamos pasar un rato juntos una determinada noche, su pelo..., la forma que tenía de jugar con él cuando estaba leyendo. A veces... —Cawley apagó el cigarrillo—. Dondequiera que fuera su alma... si hubiera una puerta, bajo su cuerpo, y se hubiera abierto cuando murió y se hubiera ido a través de ella, volvería mañana a París para cruzar esa misma puerta y reunirme con ella.

—*Shutter Island*, de Dennis Lehane





El día aún no había despuntado. Tan solo una incipiente claridad y un tímido resplandor anaranjado asomaban sobre el mar al final de un horizonte demasiado lejano. Inalcanzable. Frente a él tenía la inmensidad del océano y nada más.

Una mezcla de agua y espuma le sorprendió cubriéndole los pies por encima de los tobillos y haciéndole retroceder varios pasos. Se deshizo de su ropa empapada, dejándola caer sobre la arena. Y ahí quedó, paralizado, atónito y apabullado, contemplando aquel bello amanecer. No sabía qué hacía en aquel lugar. Tampoco cuándo o cómo había llegado hasta allí.

Alzó y giró sucesivas veces las manos antes de apretarlas con fuerza, como si de algún modo esperase encontrar en este gesto alguna respuesta a su desconcierto. Seguidamente examinó el resto de su cuerpo. No encontró heridas, moretones o signo que justificara el intenso dolor que sentía.

Y lo volvió a intentar. Y aunque todavía no se había recompuesto de la primera impresión, hizo un nuevo esfuerzo en su afán por recuperar algún recuerdo. Pero su mente se encontraba en un estado muy precario. Tanto que por momentos dudaba si estaba despierto, o al menos en plenitud de facultades. Aquella sorprendente playa salvaje podría tratarse de una alucinación, o bien podría estar sufriendo los estragos de una terrible resaca. Sin embargo, no sentía

náuseas, cansancio, dolor de estómago ni sed. Tan solo le resultaba imposible usar sus capacidades cognitivas con normalidad. Cada vez que trataba de acceder a un espacio de su memoria, encontraba una resistencia en forma de insoportable jaqueca que se lo impedía.

Recogió su ropa, que continuaba mojada, y la sacudió con cierta apatía antes de volver a ponérsela encima. El tacto de la arena pegada a su piel le hizo estremecerse. Se había girado y se encontraba ahora de espaldas al mar. Tras una profunda inspiración, se detuvo a examinar la impresionante geografía que le rodeaba. A derecha e izquierda se extendía una vasta playa de arena blanca salpicada de minúsculas y caprichosas rocas salientes que imitaban todo tipo de formas. A cada extremo, la playa terminaba en una imponente pared de piedras afiladas que se adentraba varias decenas de metros en el mar. Parecía imposible poder cruzarlas a pie y hacerlo a nado se le antojaba incluso más peligroso por las violentas corrientes que, en torno a ellas, provocaban oleajes embravecidos.

Justo enfrente, a pocos metros, se extendía un denso bosque. Quizás una jungla. Desde luego parecía tratarse de algo más semejante a una selva tropical que a un bosque de abedules. Por encima de la vegetación avistó un sitio elevado que se alzaba hasta perderse tras un ligero cerco de nubes. No tardó ni un instante en decidir que lo más conveniente sería tratar de alcanzar su cima. Desde esa altura dispondría de una visión mayor y entonces tendría más opciones de reconocer el lugar donde se encontraba.

El ascenso acabó siendo bastante más accidentado de lo esperado. Además, había subestimado las distancias y, por si fuera poco, no existían caminos marcados que poder seguir. Perdía demasiado tiempo vigilando dónde acababa cada uno de sus pasos mientras con los brazos apartaba las ramas que, sin cesar, aparecían una detrás de otra. En cuatro ocasiones se vio obligado a deshacer parte del recorrido por haber

llegado a un punto del camino donde resultaba imposible continuar. Escondidas entre la frondosidad, creyó entrever la entrada de varias cuevas. No se detuvo a comprobarlo, y no por miedo o porque no despertaran su interés. En aquel momento supo que su verdadera prioridad era encaramarse a lo más alto del monte sin perder un solo minuto.

Tardó varias horas en culminar el ascenso. Hacía tiempo que el sol ya había sobrepasado el punto más alto en el cielo y había iniciado un lento descenso. Desde arriba la visión resultó ser imponente. Se encontraba en el punto más céntrico y elevado de una majestuosa isla. Hasta donde alcanzaba la vista, solo había mar, que en el horizonte se difuminaba con el cielo haciendo imposible distinguir dónde acababa una cosa y empezaba la otra.

Por más que buscaba, no era capaz de encontrar restos de ninguna embarcación o cualquier otro medio que hubiera utilizado él, o alguien en su lugar, para llegar hasta allí. La isla no mostraba signos de actividad humana. Si alguien había estado antes que él, desde luego había sido mucho tiempo atrás, suficiente para que la naturaleza se hubiera ocupado de borrar cualquier huella.

Se sentó al borde de un precipicio, dejando los pies suspendidos en el abismo. Aunque parecía encontrarse solo y perdido en medio de la nada, le envolvía una extraña serenidad que le abrazaba como los cálidos brazos de una madre. Los intensos dolores con los que había despertado le habían pasado desapercibidos durante el ascenso hasta que, en aquel momento, impresionado por la grandiosidad de aquella panorámica digna de ser inmortalizada, sintió un fuerte latigazo bajo el hombro, justo donde este se une con el pecho, que le volvió a poner en alerta.

Estaba convencido de que no encontraría muchas más respuestas allí y a buen seguro sería mucho más cauto pasar la noche cerca del mar. Durante el descenso recogió frutos silvestres, tantos como encontró a su paso, y bebió agua de

un riachuelo que en ocasiones se hacía visible, aunque la mayor parte del tiempo discurría oculto bajo el suelo.

Cuando consiguió regresar a la playa en la que había despertado unas horas antes, la noche acababa de caer. Se tendió sobre la arena, todavía caliente, y, exhausto tras una jornada desconcertante, cayó en un profundo sueño.

—¿Qué te parece si paramos aquí mismo?

—Me da un poco igual, Rodrigo. No tengo demasiado apetito. Lo que tú elijas estará bien.

Un camarero espigado y con cierto aire a George Clooney hace un gesto y les muestra cuál es la mesa que deben ocupar. Rodrigo se asegura de pasar delante y, apartando con gentileza la silla, la invita a tomar asiento, consciente de que este pequeño gesto sin importancia, y que tan poco esfuerzo le ha requerido, para ella se encuentra repleto de simbolismo y más tarde, a buen seguro, se lo sabrá recompensar. Ella sonrío en señal de gratitud.

—¿Tomamos vino? Podríamos pedir una botella.

—Yo tomaré poco. Mañana trabajo. Además, ya sabes que, en realidad, no bebo.

—Por supuesto que no. Tú no bebes. Tan solo tomas un pequeño trago de vez en cuando, ¿verdad?

—Así es. ¿Ves qué espabilado eres y qué bien me conoces ya?

—Ya. En cualquier caso, pediré una botella. Yo puedo tomar un poco más. Mañana no madrugo. ¿Por qué no te coges el día libre y lo pasamos juntos? Podríamos despertar tarde, desayunar en la terraza y pasear por la playa. Almorzar una paella en una arrocería de la que me han hablado muy bien y volver a la cama a tiempo para una siesta de esas que tanto nos gustan. Llama por la

mañana a tu jefa y dile que te encuentras mal. Que algo que cenaste no te sentó bien. ¿Has faltado acaso alguna vez desde que comenzaste a trabajar para ella?

—Anda ya. No digas tonterías.

El camarero se vuelve a acercar a la mesa interrumpiendo la conversación y se dirige a Rodrigo. Debaten animosos a cuenta de la carta de vinos. Se acaba decidiendo por un Ribera del Duero reserva del año dos mil nueve tras la insistencia del apuesto mesero, quien con poco acierto pretende hacer las veces de sumiller. La botella cuesta sesenta y cinco euros, y está dispuesto a dárselo a probar sin compromiso. Si no les gusta, pueden dejarlo y pedir cualquier otro.

—No es necesario. Por favor, sirve la botella. Estoy seguro de que nos gustará.

—Si están de acuerdo les puedo ir marchando también unas *focaccias*. Son la especialidad de la casa y un aperitivo fantástico. Las servimos con aceite de oliva virgen extra elaborado con aceituna picual, que le otorga un picor muy agradable al paladar. Aceituna de nuestra tierra que, aunque son otras comarcas las que sin merecerlo se tienen ganada la fama, el mejor aceite y más premiado, además, se produce en esta almazara.

Rodrigo acepta, algo molesto ya por tanta insistencia, con la única esperanza de volver a quedarse a solas con su cita.

—Parecía que no se iba a ir nunca.

—Es normal, si es que vas haciéndote amigo de cualquiera.

—¿En serio me dices eso? Si he estado a punto de mandarlo a paseo. ¡Qué pesado! Yo creo que no quería irse por ti. No ha dejado de mirarte ni un momento. Pero es que, por otra parte, es normal. No todos los días se sentarán aquí chicas tan deslumbrantes como tú.

—Ja, ja, ja. Cuánto rollo tienes, de verdad. Pero bueno, te lo permito. Me gusta escucharlo, al final me lo voy a acabar por creer y todo.

Rodrigo le toma la mano, pero ella se muestra esquiva y la suelta en seguida.

—Aquí no. Por favor.

—Disculpa. Me he dejado llevar. Es que me siento tan bien contigo que a veces olvido que aún es reciente.

—Venga, no pasa nada. A lo mejor he sido un poco arisca. Ya sabes que tengo mucho de gata. Mi madre siempre me lo decía. Deja que sea yo quien me acerque a ti. Así será mejor, ya lo verás.

El camarero vuelve a interrumpirles botella en mano. En primer lugar, ofrece un pequeño sorbo a Rodrigo, quien le vuelve a insistir en que sirva las dos copas sin más, pero entiende rápido que no les va a dejar otra opción, así que aprovecha una vez más la ocasión para ceder la copa con galantería y dejar que sea ella quien se encargue de la cata. Pocos minutos después, les sirve las autoproclamadas mejores *focaccias* de la ciudad.

—Estoy seguro de que les van a encantar. Permítanme, si no les molesta, que les diga que hacen ustedes una pareja encantadora. Su esposa, además, es muy hermosa. Así que ándese con mucho ojo. Aquí en Málaga hay mucho pájaro suelto. Porque ustedes están aquí de paso, ¿verdad? ¿Son turistas?

—Muchas gracias por el cumplido y tu valioso consejo. Si no te importa vuelve en unos minutos. Hasta ahora no hemos tenido ocasión de ojear la carta, todavía no sabemos qué vamos a pedir.

De esta forma Rodrigo se consigue deshacer del molesto camarero, quien, con sus palabras, impertinentes y desacertadas, ha acabado incomodando a ambos.

—¿Ves lo que te digo siempre? Hacemos una pareja

de cine. Qué lástima que no nos hayamos conocido antes. Hubiéramos tenido unos hijos bastante guapos.

—Yo ya tengo una hija preciosa. No necesito más, gracias.

—¿Estás molesta por algo? Si quieres lo hago volver y disculparse. O le parto la crisma aquí mismo, en medio de toda esta gente. Puedo montar el número del novio despedido.

—Pero sí que hubieran sido bien bonitos —responde ella tras un breve silencio—. Nuestros hijos, digo. Más por mí que por ti. Seguro que hubieran tomado mis genes, que son de mayor calidad. Bueno, y alguno pequeño de ti. Pero ya sabes que no pienso tener más.

Al final se toman la botella de vino a partes iguales, tres copas cada uno. Cenar una ensalada y un carpaccio, del que Rodrigo da mayor cuenta.

—¿No te ha parecido divertido que nos hayan vuelto a confundir con un matrimonio? Y no es la primera vez hoy. Supongo que será por la edad, ya ninguno de los dos estamos para andar con novios.

—¿Aún sigues pensando en eso? Cómo te gusta darle vueltas a todo.

—Ya. Pero tú y yo algún día nos casaremos. Ya lo verás.

—¿Quién? ¿Yo? Ni hablar. No pienso volver a hacerlo. ¿No crees que dos veces han sido ya suficientes? No entiendo la necesidad que tiene la gente de andar siempre emparejados. Además, contigo... No sé yo.

Rodrigo la escucha entusiasmado. Disfruta cada sonido que se desprende de sus labios. La manera en que alarga las eses al final de las palabras o la fuerte sonoridad con que hace resonar las erres. Su discurso es, además, pausado. Piensa que podría escucharla durante horas, sin importar demasiado el asunto del que estuvieran tratando. Su voz le transmite calma y, a la misma vez, le

resulta seductora. Conserva el acento melódico característico de su tierra, pero en ocasiones utiliza ciertas expresiones muy propias de las gentes de Andalucía, lo que hace que su forma de hablar sea única.

Tras cenar y disfrutar de una apasionante sobremesa, paga la cuenta, asegurándose de dejar una generosa propina a aquel George Clooney de saldo, más por no desentonar que por haber acabado satisfecho con el servicio recibido. Ambos se levantan a la par y se pierden entre el barullo de viandantes que abarrotan el centro de Málaga en verano.

Rodrigo se desveló y alzó el brazo al aire haciendo un gesto con el que parecía buscar un interruptor inexistente. Tardó unos largos segundos en ser consciente de cuál era su situación, segundos que parecieron eternos y que le hicieron sentir una angustia que no había tenido ni siquiera al despertar por primera vez la mañana anterior. Una vez situado, y ya incorporado sobre la arena, se preguntó si hubiera preferido despertar en cualquier otro lugar. ¿Cómo podía llegar a cuestionarse algo así? Sin embargo, y pese a la confusión, la respuesta más obvia no se imponía con rotundidad. Además, sus deseos de poco valdrían ahora. Su realidad más inminente no dependía de su propia voluntad. En un momento, y sin haberse podido preparar, toda su existencia se había limitado a una única enmienda: sobrevivir. Tan solo debía ocuparse de mantenerse a salvo el tiempo necesario para elaborar y materializar un plan de escape.

Debían quedar algunas horas hasta el amanecer. La isla dormía sumida en una silenciosa penumbra, como si toda ella se encontrara en medio de un plácido sueño. El vaivén de las olas estrellándose contra los acantilados rompían el silencio en aquella noche sosegada. Sentado y aletargado en la oscuridad, advirtió que aún podía saborear el vino en el

paladar mientras que en sus oídos retumbaba el estridente murmullo del gentío. Parecía como si su cuerpo hubiera sido transportado desde aquel restaurante hasta la isla en un suspiro. Recordaba todo con nitidez, cada detalle, cada palabra. El tacto liviano de su piel. Podía sentirlo. Pero ¿quién era la mujer con la que había soñado? ¿Sería su esposa? Esto significaría que él estaba o había estado casado. Esta hipótesis le resultó poco probable. La mujer había bromeado con ironía sobre la posibilidad de que ambos acabaran comprometidos. Sin embargo, no le quedaba ninguna duda de que ambos mantenían algún tipo de relación afectiva. Al menos en aquel momento. La situación revivida le había resultado cotidiana. Por si no fuera suficiente, había algo en ella que le resultaba excitante. Incluyó la cabeza hacia atrás fijando la mirada en el cielo estrellado en un intento por recordar algo más de aquel encuentro. Un nombre. Tan solo necesitaba un nombre. Seguro que si conociera su identidad su mente se abriría y los recuerdos fluirían en torrente. Muchas veces, nuestra consciencia tan solo necesita un pequeño empujón. Un estímulo para mostrarnos todo lo que se guarda.

Pero no ocurrió nada. Su cerebro seguía bloqueando cualquier intento. De momento parecía que tendría que conformarse con aquel primer recuerdo. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? A lo largo del día no se había preocupado demasiado en obtener una explicación a esta pregunta. Había decidido aparcarla para otro momento. ¿Y por qué? ¿Sería un fugitivo? ¿Estaría escapando de algo o de alguien? La opción más convincente es que se hubiera extraviado. Que hubiera sobrevivido a un desgraciado accidente y que la marea le hubiese arrastrado hasta la isla. Eso explicaría el origen de los fuertes dolores que seguía sintiendo. Incluso podría ser el origen de su amnesia. ¿Y dónde se encontraban entonces los restos de su tragedia? De tratarse de un naufragio, el mar podría haber engullido una embarcación sin más, ya se había repetido muchas veces antes en la historia. Pero no sin

dejar rastros. Botes salvavidas, chalecos, remos, velas, cualquier elemento que se encontrara sobre la cubierta y que no estuviera fijado a ella. O de haberse tratado de un accidente aéreo, los restos del fuselaje, asientos, almohadas, equipaje o bandejas. Con vida o sin ella, el mar habría arrastrado más cuerpos hasta la orilla.

Horas antes, desde lo alto de la colina, había identificado con claridad dos playas. La primera, en la que se encontraba y en la que había aparecido la mañana anterior: playa Este. En el lado opuesto y divididas ambas por vertiginosos acantilados, la playa Oeste. De haber una respuesta a sus preguntas, quizás pudiera encontrarlas en el otro extremo de la isla. Lo mejor sería esperar al día siguiente.

Volvió a acostarse sobre el mismo hueco que su cuerpo había dejado sobre la arena.

—No me has explicado nunca de dónde procede tu nombre. Siempre me ha intrigado.

Rodrigo se encuentra de pie junto a un amplio ventanal, desde el que contempla los destellos de la luna reflejada sobre el mar. La habitación del hotel es amplia y moderna. Desde ella accede a una terraza privada donde hay espacio suficiente para dos sillones oscuros de mimbre y una mesa del mismo material y color, Rodrigo deposita con cuidado dos copas sobre el vidrio que cubre la mesa y vuelve a la habitación.

—El porqué de esa letra zeta. Yo he estado investigando por mi cuenta y resulta que esa es la traducción portuguesa del clásico Lucía. Pero tus raíces no son portuguesas, ni siquiera brasileñas. No he encontrado ninguna conexión entre Perú y Brasil que me ofrezca una respuesta razonable. Tus padres, según me contaste, nunca han viajado fuera de Perú y toda tu familia es de allí.

—¿En serio, Rodrigo? —Luzia se asegura de parecer molesta—. ¿No tienes de verdad otros asuntos más importantes en los que pensar? Ni yo misma me he hecho tantas preguntas. Mi padre acudió al registro y lo decidí inscribir así. No sé, supongo que le pareció más exótico que la forma tradicional —continúa en un tono más distendido—. En mi país es muy común usar nombres, cómo decirlo, poco usuales. Por ejemplo, una vecina mía llamó a su hija Merry Christmas. Al final la acabamos llamando María. Imagínate qué despropósito. Esto en España sería impensable, pero allí no es tan raro. Supongo que yo debo estar satisfecha. Mi padre tan solo cambió una ce por una zeta. Ya ves que podría haber sido mucho peor.

Rodrigo deambula por la habitación. Piensa que la explicación de Luzia es vaga. Siempre que le ha cuestionado sobre su nombre o ciertos detalles de su pasado ha respondido con alguna evasiva y ha desviado con avidez la conversación a otro asunto. En realidad, no es nada importante. No entiende por qué se obsesiona tanto con este tipo de cuestiones. Luzia podría llegar a pensar que es un loco o demasiado controlador. Podría acabar asustándola y alejándola de él. Lo mejor será dejar el asunto zanjado para siempre, dar por buena su explicación.

—Visto así puedes estar contenta, sí. Pero debe haber algo más. Tus hermanos tienen nombres más normales. ¿No te resulta extraño?

—Shhh. Deja ya de hablar tanto y ven aquí conmigo.

Luzia se encuentra tumbada boca abajo con la cabeza ligeramente inclinada hacia el lugar en que se acaba de recostar Rodrigo. Este recorre su figura desnuda con los dedos, empezando por el cuello, y surcándole la espalda hasta llegar a las nalgas. Lo repite sin detenerse, dibujando su contorno con sutileza. Sus rostros se encuentran separados por unos pocos centímetros y ambos se

sostienen la mirada durante unos segundos, hasta que alguno rompe ese estado casi hipnótico para besar en los labios al otro. A veces con ternura, otras con pasión. El proceso se repite sin que Rodrigo deje de tañer la frágil figura de Luzia. A primera vista, su cuerpo menudo puede confundirse con el de una adolescente, incluso después de haber cumplido ya los cuarenta. Su forma de vestir, holgada y sencilla, no ayuda a crear una impresión diferente. Sin embargo, bajo sus ropas, Rodrigo le asegura que esconde la anatomía de una musa. Debe medir en torno a un metro sesenta, pero no mucho más. Sus pechos, sin llegar a ser ostentosos, resaltan sobre su delicada silueta. Igual ocurre con su culo. Todo en ella guarda una preciosa proporción. Su piel morena contrasta sobre el blanco de las sábanas que cubren la cama en la que ambos permanecen en silencio esperando un movimiento del otro. Es Luzia en esta ocasión quien actúa primero. Reduce la distancia que separa a ambos al mínimo y esboza una amplia sonrisa a la vez que le introduce la mano en el calzoncillo. Acerca su boca a la de Rodrigo y le muerde el labio inferior. Con un sensual movimiento se encarama sobre él, y tomando sus manos las coloca contra sus pechos mostrando a Rodrigo, quien no deja de admirarla, cuál es la presión exacta que debe ejercer sobre ellos. Una vez más acerca su rostro para besarle en los labios y susurrar a su oído:

—No imaginas cuántas ganas tenía de volver a hacer el amor contigo.

## II

Habían transcurrido ya varios días desde que llegara a la isla y su memoria no mostraba signos de recuperación. Para mantenerse ocupado y asegurar su supervivencia, empleaba los días realizando tareas productivas. La recolección de frutos y la pesca se habían convertido en su principal ocupación. Hacía también acopio de troncos y ramas caídas. No sabía muy bien qué utilidad les daría, pero si quería escapar de allí solo podría hacerlo por mar y, sin duda, se vería obligado a construir una balsa tan grande y estable como para poder navegar quién sabe si durante semanas. Entretanto, había construido un camastro uniendo unas pocas cañas que crecían a la orilla del riachuelo que bajaba por el monte hasta desembocar en la playa Este. Aunque la temperatura de la arena permanecía siempre cálida, le resultaba desagradable aquella sensación constante de humedad al dormir.

Su visita a la playa Oeste había resultado ser decepcionante. Tanto que su primera determinación fue la de no volver nunca más allí. Para llegar, había tenido que emplear casi un día completo. No era capaz todavía de hacer estimaciones correctas sobre la distancia existente entre puntos, pero según su propio criterio, por el trayecto más corto hubo de recorrer al menos cinco kilómetros. En primer lugar, pensó hacerlo a través del bosque, pero como cabía esperar, no encontró un solo sendero practicable. La vegetación era abundante y avanzar se convertía en una misión demasiado complicada. Toda la zona más baja de la isla se

encontraba cubierta por este tipo de arbusto, tan frondoso que impedía incluso la visión. A la par que subía la cota, el paisaje se volvía más claro.

Tras descartar atravesar el bosque, tan solo le restaban dos opciones: subir a lo más alto de la colina y buscar desde esa perspectiva un camino hasta la playa Oeste, o llegar a ella caminando sobre los acantilados. Se decidió por la segunda opción, eligiendo la cara sur de la isla, lo que le permitiría avanzar siempre en la misma dirección que el sol. Caminar por aquellos desfiladeros podría ser la ruta más directa, pero también la más peligrosa. Un pequeño traspíe y hubiera acabado en el fondo del mar en el mejor de los casos, siempre y cuando no se hubiera quedado varado entre las rocas sirviendo de alimento a peces o a buitres. Poco le iba a importar quién comiera su cuerpo una vez muerto.

Pero morir no entraba en sus planes. El nombre Luzia se le había fijado y no podía dejar de pensar en ella. Ni siquiera mientras su vida pendía de un mal gesto. Aquellos sueños no podían haber sido fortuitos. No recordaba quién era él mismo, su procedencia o su profesión. Si había estado casado o tenía hijos. Si sus padres seguían vivos o si tenía hermanos y sobrinos. No recordaba nada que tuviera que ver con su propia identidad y, sin embargo, en su primera noche, en su primer sueño, había aparecido Luzia. Una nueva incógnita que resolver.

Rodrigo descendió la última y más peligrosa pared de rocas hasta aterrizar en la arena de la playa Oeste. Era mucho más pequeña de lo que había pensado, y para su decepción no halló nada en ella. Si de algo podía estar seguro era de que allí no había ocurrido ningún evento reseñable en los últimos días. Aquella playa se encontraba impecable. Digna de un reportaje para National Geographic. Un paraje virgen incrustado entre dos temibles paredes de rocas. En esto sí que se parecía a la playa Este. El agua era cristalina, tanto que si se acercaba un poco a ella podía ver con nitidez bancos de peces nadando

despreocupados. Desde luego, aquellos peces no parecían haber sido víctimas hasta ahora de la amenaza del hombre.

En su estado mental actual, le resultaba contradictorio cómo era capaz de recordar sin dificultad tantos libros y películas sobre naufragios. En todas estas obras existía un aspecto común, el naufrago conocía bien los hechos que le habían llevado a acabar en su precaria situación y el anhelo por recuperar su vida anterior resultaba determinante en el devenir del personaje.

Durante las noches, las apariciones de Luzia en sus sueños se habían vuelto recurrentes. A veces se trataba tan solo de escenas cotidianas: un almuerzo en un restaurante, un paseo al atardecer o una sesión de cine. En otras ocasiones, los sueños se volvían tan tórridos que Rodrigo despertaba excitado entre sudores y ya no podía dormir más, así que se quedaba sentado frente al mar saboreando aquellas sensaciones hasta el amanecer. Sus intentos por conocer más detalles sobre Luzia durante las horas de vigilia siempre fracasaban. También cualquiera por descubrir algún detalle de su propia vida. Era muy posible que Luzia hubiera sido construida por él mismo a partir de recuerdos de personas conocidas o personajes de obras de ficción. Poco le importaba. Pasaba los días aguardando que llegara la noche para volver a encontrarse con ella. Había llegado incluso a adelantar su hora de descanso para así pasar más tiempo en su compañía. Sin duda, Luzia se había convertido en su anhelo. El motivo por el que seguir luchando por sobrevivir. Pero a diferencia de aquellos célebres naufragos, él no sentía la imperiosa necesidad de escapar para recuperar su felicidad. A él le bastaba con esperar a la noche y cerrar los ojos.

Era el séptimo día y Rodrigo se encontraba sentado, con la mirada perdida, frente al mar mucho antes de lo habitual esperando un nuevo atardecer. La jornada no había sido productiva. En todo el día no había conseguido desprenderse de las últimas palabras de Luzia en la noche anterior.